

EXPO

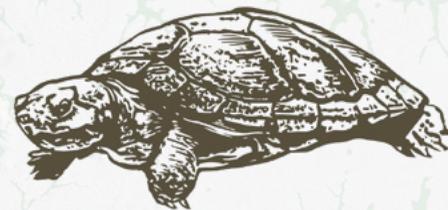


SI

CI



ÓN



ITINERANTE

AQUÍ PUEDES CONSULTAR:

Padres adoptivos de la charapa

LLANOS ORIENTALES



LOS PADRES ADOPTIVOS DE LA CHARAPA

Juan Moyetón, el redentor de las charapas

Un hombre indiferente con el medio ambiente se transformó ahora en uno de los más entusiastas protectores de esta tortuga en extinción.

Avanza la canoa por entre un pequeño brazuelo de río Meta en plena temporada seca.

2500

hembras reproductivas, vitales para la preservación de la especie, se han protegido.

Cifras del PVS

No exageran los que califican a Juan Moyetón como un adicto a las charapas. Pero un adicto a su conservación.

Lo conocí cuando dibujaba la caparazón de una de estas tortugas sobre la pared de una vivienda, que se convertiría con los días en un mural multicolor, una especie de foto trazada con pinturas del paisaje que rodea la vereda Santa María de La Virgen, en Cravo Norte (Arauca). Abría los ojos y arqueaba sus cejas ante la silueta de su charapa delineada en tonos verdes y grises, para perfeccionar cada línea y no olvidar los detalles, tal vez un lunar, una mancha, el tamaño de sus ojos, una garra o aquella línea en la cabeza.

No hablaba mucho de ciencia, pero exhibía un arma a veces más poderosa: la sabiduría del campesino que conoce de memoria su entorno. Un hombre consciente de que su trabajo por el rescate de este reptil a punto de desaparecer, una de las 27 especies de tortugas continentales que habitan en el país, es sensata y procedente.

Él siempre ha sido el más experimentado del caserío entre aquellos que apoyan esta causa por la conservación. Por eso, su voz tiene el peso de la experiencia y cuando Moyetón habla, todos escuchan.

Es abril, hay pocas lluvias y el sol no da tregua sobre las playas que quedan al descubierto sobre el río Meta. Y es un instante definitivo, porque podrían verse tortugas adultas que se deben vigilar y custodiar—uno de los objetivos primordiales de Moyetón y la comunidad—, pero principalmente muchos de los nidos que esas mismas tortugas hembras, con más de 15 años de edad, han dejado ocultos dentro de la arena tres o cuatro meses atrás y que ahora comienzan a eclosionar y los tortuguillos a respirar y a moverse por primera vez.

Moyetón sale a caminar a las 5:30 de la mañana para vigilar esos nacimientos y contabilizarlos, como parte del grupo de Padres Adoptivos de la Charapa, una iniciativa que el Proyecto Vida Silvestre ha apoyado en esta región situada llano adentro.

Después de un recorrido de al menos media hora, llegamos a un nido que había sido previamente identificado. Nadie vio tortuguillos; en cambio, él detectó las huellas de 17 individuos. “Aquí nacieron, cada una dejó su rastro”. Esto lo explica sin dejar de caminar a buen ritmo y con la habilidad llevada a tope, como si fuera un depredador que busca saber con desesperación si otras pequeñas tortugas daban señales de supervivencia, con tal de defenderlas.



UN ‘CAMBOTE’ LE CAMBIÓ LA VIDA

Juan Moyetón es uno de los pocos hombres en el mundo que puede decir que ha nacido dos veces. La primera, cuando vio por primera vez la luz en Maní (Casanare), hace 65 años, lugar que él define como un paraíso natural, donde no había límites a la hora de ver aves multicolores o ríos de agua cristalina. Recuerda especialmente, y con asombro, el aullido increíble de los monos colorados, un sonido similar al rugido del viento cuando golpea la selva.

Lo que no sabe explicar es por qué, a pesar de esa fenomenal biodiversidad que descubrió al crecer en su tierra natal, durante su juventud no tuvo reparos en tolerar la caza,

o que alguien tumbara un árbol sin razón, o que los niños golpearan un ave e incluso que él mismo se decidiera a comer carne de tortuga sin sentir ningún remordimiento o preguntarse si aquello era bueno o malo, porque solo pensaba que era un alimento delicioso. Lo hizo de vez en cuando, por costumbre, como cualquier habitante y sin inmutarse.

Hace algo más de 30 años, mientras estaba concentrado en la agricultura para sacar a su familia adelante, todo cambió de un momento a otro. Por aquel entonces, un amigo lo llevó por primera vez a ver un cambote (grupo de cien o doscientas hem-

bras en anidación). Eso ocurrió a los pocos días de llegar a vivir a Nueva Antioquia (Vichada), una población ubicada a orillas del río Meta, en límites con Arauca. “Lo que vi me cambió la vida. Mirar ese ‘bicherío’, esa cantidad de tortugas en una playa, me produjo un sentimiento difícil de explicar. Ahí comenzó mi transformación. Desde ese momento he mirado la vida de otra forma”.

Fue su segundo alumbramiento, esta vez para transformarse en un defensor de la naturaleza. Comenzó a pensar en la sostenibilidad, en manejar mejor la basura, en enseñar. Y jamás volvió a comer tortuga.

Corre el mes de abril y el sol no da tregua en las playas que quedan descubiertas a lo largo del río Meta.



Llanos
Magdalena
Medio
Putumayo

Tiempos de verano.
Las aguas del río
Meta las agita
el viento y las
delimitan extensos
playones.





POR UNA TEMPORADA SIN SAQUEOS

Moyetón cuenta que las charapas tienen muchos enemigos, la mayoría animales, aunque los humanos son su oponente más fuerte. “Apenas nacen, los caracaras (aves nativas), zorros y caimanes, o los bagres dentro del río, están listos para devorarlas. Es natural, es la cadena alimenticia. Pero en ocasiones algunas personas destruyen o saquean sus nidos para sacar los huevos y consumirlos o venderlos; eso se ha hecho durante años. Queremos que esto no vuelva a ocurrir. Por eso, trabajo de día y de noche para cuidarlos, como un centinela”, explicó.

En las temporadas de nacimientos a veces hay saqueos. Pero dice que con el tiempo el objetivo es que no se cuente ninguno: “nuestras tortugas merecen sobrevivir; yo no concibo este lugar sin ellas”.

Las charapas tienen muchos enemigos.

La mayoría de ellos son animales, aunque los humanos son ahora su oponente más fuerte.

27

especies de tortugas continentales habitan en el país. La charapa es una de ellas.

Cifras del PVS



Después de ser indiferente, un ser al que poco lo seducía la buena salud de los animales y las plantas, Don Juan, como es conocido, se ha entregado a la naturaleza, es un hincha del planeta hecho a punta de intuición. Esto se hace evidente al mismo tiempo que el trabajo sobre mural llega a su fin. Aparecen allí el delfín rosado, el caimán, algunas aves y peces, todos luchando por un espacio en este sector de la Tierra. Y Moyetón le pone punto final a esta obra comunal con un mensaje directo que recoge el sentimiento de todos lo que habitan en esta población asentada a orillas del río Meta: “Aquí protegemos a la tortuga charapa”. No podía ser otro, porque para él este recado que queda impreso allí, para siempre, no significa un sacrificio; es solo parte de su redención. ■

